

En busca de la convergencia anhelada

Cecilia Sinay
Alberto Pérez Cohen

INTRODUCCION

En este trabajo nos proponemos comparar algunas hipótesis teóricas del psicoanálisis, como así también considerar situaciones nuevas en relación con un contexto social cambiante, para centrarnos en lo que consideramos divergencias en psicoanálisis. Para llevar a cabo esta tarea hemos tratado de agrupar en tres ítems los elementos a comparar:

- Cambios o divergencias vinculados con distintos momentos vitales del autor de las hipótesis teóricas.
- Cambios o divergencias en la teoría y en la práctica psicoanalítica que devienen de los desarrollos posteriores a Freud.
- Cambios o divergencias que devienen del contexto histórico.

CAMBIOS O DIVERGENCIAS VINCULADOS CON DISTINTOS MOMENTOS VITALES DEL AUTOR DE LAS HIPOTESIS TEORICAS

Aquí queremos ocuparnos de señalar que pensamos que los desarrollos personales, artísticos, profesionales, intelectuales, etc., del hombre varían en cada momento del ciclo vital. En este sentido, y tomando a Freud como modelo, no es ilógico conjeturar que, en la plenitud de su madurez personal e intelectual y comprometido, al decir de Peter Gay (Gay, P., 1996), con “...la idea de que la sexualidad moderna se veía encubierta por una mezcla casi impenetrable de negación inconsciente y mentira consciente”, comenzara poniendo a la sexualidad en el centro de sus investigaciones sobre las enfermedades mentales. Y que haya terminado, hacia el fin de

sus días y luego de atravesar crisis sociales y personales de todo tipo (guerras, duelos, enfermedades graves), colocando el acento en la muerte, lo incognoscible, la roca viva, lo perecedero, etc.

En este sentido, Lacan se pregunta (Lacan, J., 1956) “...qué agrega Freud al final de su vida, cuando hace ya mucho que ha dejado atrás a la tropa de sus seguidores. (...) Hay un momento de la obra de Freud en que éste simplemente se desengancha, entre 1920 y 1924. Sabe que ya no le queda mucho tiempo de vida, muerto a los 83 años en 1939, y va directamente al fondo del problema, a saber, el automatismo de repetición”.

Asimismo, y a propósito de “Die endliche und die unendliche Analyse” (“Análisis terminable e interminable”, Freud, S., 1937), G. Deleuze y F. Guattari (1985) afirman: “Una enorme belleza anima este texto de Freud: al mismo tiempo que algo desesperado, desencantado, cansado, hay una serenidad, una certeza de la obra realizada. Es el testamento de Freud. Va a morir y lo sabe. Sabe que algo no funciona en el psicoanálisis: ¡la cura tiende cada vez más a ser interminable! Sabe que pronto ya no estará allí para ver cómo cambia todo ello”.

CAMBIOS O DIVERGENCIAS EN LA TEORIA Y EN LA PRACTICA PSICOANALITICA QUE DEVIENEN DE LOS DESARROLLOS POSTERIORES A FREUD

Dentro de la teoría psicoanalítica podemos observar los cambios y desarrollos producidos por el mismo Freud y por muchos de sus seguidores, cambios que tampoco se pueden separar de la personalidad de quien los enuncia y del tiempo que les tocó vivir.

Tomamos como ejemplo dos de los historiales freudianos más famosos y reinterpretados de la historia del psicoanálisis: el caso Dora y el caso del pequeño Hans (Juanito).

En primer lugar, Dora. Todos conocemos las hipótesis de Freud acerca de la joven Dora y las conclusiones teóricas y técnicas que aportó al psicoanálisis la publicación de ese “fragmento” de análisis, algunos años después de finalizado el tratamiento. Aunque uno de sus biógrafos (Gay, P., 1996) se pregunte: “Lo que sorprende en el historial de Dora no es que Freud retrasara su publicación durante cuatro años, sino que finalmente llegara a publicarlo”.

Como además este historial provocó polémicas, veamos qué opinan otros autores.

Para Lacan (Lacan, J., 1957), por ejemplo, “Dora se pregunta –¿Qué es una mujer? Y eso porque la señora K. encarna propiamente la función femenina, porque ella es para Dora la representación de algo en lo que dicha función se proyecta como pregunta, como la pregunta. Dora se encamina a una relación dual con la señora K., o más bien la señora K. es lo que es amado más allá de Dora, y por eso la propia Dora siente interés por esta posición. (...) Lo que se ama en un ser está más allá de lo que es, está, a fin de cuentas, en lo que le falta”.

En cambio, Peter Gay (1996) afirma que: “El más mundano de los lectores se habría sentido sorprendido, incluso escandalizado, ante la telaraña sexual en la cual vivía la joven Dora. (...) Había dos familias integradas a una danza de complacencia sensual encubierta, envuelta en el decoro más concienzudo. (...) El se negó a reconocer la necesidad que tenía la joven, como todo adolescente, de contar con una guía fiable en un mundo cruelmente egoísta, con alguien que comprendiera su conmoción ante el hecho de que un amigo íntimo se convirtiera en un pretendiente ardoroso, y su indignación ante aquel grosero abuso de confianza. (...) Dora quería desesperadamente que le creyeran, no que la consideraran una mentirosa o alguien que veía visiones. (...) Freud estuvo a punto de interpretar las negativas de la paciente como afirmaciones encubiertas. (...) Las interpretaciones de Freud dejan la impresión de que en Dora veía menos a una paciente pidiendo ayuda que un desafío que tenía que vencer”.

A su vez, Emilce Dio Bleichmar (1985) señala que: “Se puede entonces sostener que lo que se opone como repulsa, como rechazo, lo que provoca la indignación de Dora no es solamente la transformación de un impulso sexual en su contrario, en asco, asco ligado a la cloaca, al flujo, al semen sifilítico, a la erección, sino que el asco o la repugnancia física es una ‘conversión’ de un sentimiento de humillación narcisista. El narcisismo herido no deja que el deseo sexual se organice, porque a pesar de que Dora entrevé que el valor máximo de la feminidad merodea el sexo, la sexualidad que le toca vivir no se halla investida de un valor narcisista y, por el contrario, se opone al narcisismo de su género que Dora trabajosamente intenta situar. (...) ¿La insistencia freudiana justamente en ese punto, en su masturbación infantil, en su deseo sexual no correspondido, no ubicaban a Dora exclusivamente como una adolescente ‘alborotada’, obsesionada por el sexo, lo que la humillaba y confundía una vez más? (...) Si hay algo ‘homosexual’ en la histérica es su deseo de homologación

y de conocimiento sobre su género, sobre las conductas, actividades, sentimientos que definen a una mujer en sus distintas y específicas funciones. (...) Lo que Dora llamó ‘la traición de la señora K.’ consiste en la traición que la propia mujer se hace a sí misma al no reconocerse el derecho a la actividad sexual, identificada con los paradigmas y sistemas de representaciones de hombre de nuestra cultura”.

Appignanesi y Forrester (1994), sostienen: “Michel Foucault fue el primero en ver en Dora al paladín de aquéllas para quienes la sexualidad de los hombres es ‘extraña’ y ‘violadora’: ‘Dora fue curada, no pese a la interrupción de su análisis sino porque al tomar la decisión de interrumpirlo asumió total y completamente la soledad de la que su existencia hasta entonces sólo había sido un vagabundeo caprichoso’. (...) Algunas feministas sienten alivio cuando Dora termina por fin con los juegos engañosos de Freud, en gran medida una extensión de los que su propia familia le instaba a jugar. (...) Muchos escritores posteriores —incluyendo a Erik Erikson, Steven Marcus y Peter Gay— se han sentido obligados a objetar el hecho de que Freud exigiera a Ida (Dora) a los 13 o 14 años, el despertar saludable de su clítoris palpitante en reacción al miembro erecto presionado contra ella, en vez de aversión. (...) Las interpretaciones de Freud son como miembros erectos y violadores que exigen el asentimiento de ella, aún cuando éste adopte la forma que él al menos considera satisfactoria, la del *disenso* vigoroso. Este Freud está volviendo a representar en sus conversaciones con Ida (Dora) las insinuaciones sexuales de Herr Zellenka (El Sr. K). (...) La historia de Dora proporciona un caso ejemplar para sorprender al patriarcado con los pantalones bajos, para rastrear cómo ‘la unión sexual es entendida con precisión como una relación de poder’ y se moldea de manera irrevocable en términos de dominio y sometimiento”.

En cuanto al pequeño Hans (Juanito), la interpretación de Bowlby (Bowlby, J., 1976) desde la teoría del apego, habla de la existencia de un apego ansioso en relación con su madre y no de un amor por ella de carácter supuestamente erótico genital. (Su interpretación sería inversa de la de Freud: albergarlo en la cama era, por parte de la madre, una expresión natural y consoladora de sentimientos maternos): “Es evidente que el pensamiento freudiano en relación con todas estas cuestiones sigue lineamientos muy distintos de los aquí propuestos (...) la hipótesis postulada en la presente obra no sería menos plausible que la freudiana...”

Detrás de los diferentes puntos de vista clínicos, hay también diversos modos de pensar la teoría. Por ejemplo, no todos conceptualizan el complejo de Edipo, el complejo nuclear de las neurosis, tal como lo hizo Freud.

Según Roudinesco, E y Plon, M. (1999): “Así como el kleinismo desplaza la cuestión del Edipo retrocediendo hacia estados anteriores, los clínicos de la Self Psychology abandonan en parte la problemática edípica para prestar atención al narcisismo y los problemas que engendra. Desde mediados de la década de 1960, numerosos comentaristas señalaron que, entre los freudianos norteamericanos, el mito de Narciso estaba reemplazando a la antigua mitología edípica. Esta evolución se confirmó con los trabajos de Heinz Kohut. (...) En 1953, Lacan, (...) en el marco de su teoría del significante y de su tópica (imaginario, real, simbólico), definió el complejo de Edipo como una función simbólica: el padre interviene con la forma de la ley para privar al niño de la fusión con la madre. En este enfoque, el mito edípico atribuye al padre la exigencia de la castración: ‘La ley primordial—escribió Lacan en 1953—es por lo tanto la que, regulando la alianza, superpone el reino de la cultura al reino de la naturaleza entregado a la ley del acoplamiento. De modo que esta ley se hace conocer suficientemente como idéntica a un orden de lenguaje’”.

Para R. Chemama (1997): “La significación del Edipo no debe ser reducida al conflicto edípico imaginario, a lo que J. Lacan llama ‘la fantochada de la rivalidad sexual’. El pasaje por el Edipo desemboca en la posición heterosexual y en la formación del superyó, en el que Freud ve la fuente de la moral y la religión. (...) Lacan indica que, si el Nombre-del-Padre asegura esta función (la castración simbólica) en nuestra civilización, esto se desprende de la influencia del monoteísmo y no tiene nada de obligatorio ni de universal. El mito edípico es activo en el inconsciente del individuo occidental, macho o hembra, pero en otras civilizaciones, las africanas, por ejemplo, el Edipo puede no ser más que ‘un detalle en un mito inmenso’; en tal caso, serán otras estructuras las habilitadas para promover la castración”.

Refiriéndose a Gilles Deleuze, E. Roudinesco (2007) señala que, “...desplegaba la gran crítica del psicoanálisis, la ofensiva contra el monumento más psicologizado del edificio freudiano, el complejo de Edipo, devenido, en la pluma de los herederos de Freud, ya no en una tragedia antigua revisitada, sino una máquina de normalizar la libido y de fabricar un ideal familiar retrógrado”.

Citamos ahora a Lacan (1956): “Tomemos como ejemplo un sueño relatado por Freud en la “Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens” (“Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, 1911). Se trata de un paciente cuyo padre ha muerto (...); el paciente sueña varias veces que su padre se halla nuevamente con vida y que le habla como lo hacía ordinariamente. Sólo que el soñador tiene el sentimiento doloroso de que su padre estaba muerto y no lo sabía. (...) El texto del sueño no se hace inteligible, escribe Freud, si no se agrega ‘según su deseo’ (o a consecuencia de su deseo) y que lo que el padre no sabía no era sino ese deseo. El sueño se convierte entonces en: él deseaba que su padre muriera y su padre no sabía que él lo deseaba... Este ‘según su deseo’ puede tener más de un empleo (...) el deseo infantil de la muerte del padre (...); pero a este nivel edípico (...) ¿la interpretación no permitiría que el sujeto se identificara con el agresor, lo que sería una forma de defensa? (...) De esta manera la ignorancia es colocada sobre el Otro, mientras lo que está en juego (...) es la ignorancia del sujeto mismo con respecto a la naturaleza del dolor del que participa (...) se ve confrontado con el término último de su existencia, interpone entonces una imagen que sirve de soporte a su deseo: la rivalidad con su padre. Haciéndola revivir imaginariamente, puede andar sobre ese puente frágil gracias al cual se salva de ser directamente engullido (...) Pero de hecho la muerte del padre es sentida como la pérdida del escudo cuando uno tiene que vérselas con el amo absoluto, la muerte”.

CAMBIOS O DIVERGENCIAS QUE DEVIENEN DEL CONTEXTO HISTORICO

Queremos, en primer lugar, agregar al conocimiento habitual que tenemos de la moral victoriana (represora de la sexualidad) en la que solemos contextualizar los trabajos freudianos, otra faceta de la misma menos conocida pero seguramente vigente que es la que describe Stimpson, R. (2007): “Londres (podría ser Viena), fines del siglo XIX, es el Londres de Jack el Destripador, asesino de mujeres. En este contexto, la autora sitúa un momento crucial donde se constituyen la ‘política sexual femenina’ y la narrativa del ‘peligro sexual’, un mundo ordenado y un submundo atestado, en contraste; normas modernas de sexo y de relaciones sexuales y poderosos

discursos de la ley, la ciencia y la medicina que ayudaron a forjar esas normas. Además, la política sexual feminista y las narraciones de peligro sexual mantenían una relación mutua tan estrecha como el médico y la enfermedad. En este contexto, Jack el Destripador, a quien nunca pudieron etiquetar puesto que nunca lo descubrieron. El Destripador se convirtió en el símbolo de la violencia contra las mujeres”.

En este contexto histórico Freud comienza a pensar sus hipótesis acerca de lo masculino, lo femenino, etc., y a escribir sus primeros trabajos e historiales.

Pasamos ahora a recorrer los cambios que el devenir histórico condiciona en la estructura de las hipótesis científicas.

Rubén H. Pardo (2000), tomando conceptos de Esther Díaz, diferencia “ciencia en sentido restringido” de “ciencia en sentido amplio”. La primera tendría las siguientes características: capacidad descriptiva, explicativa y predictiva (mediante leyes); carácter crítico; fundamentación (lógica y empírica); carácter metódico; sistematicidad; comunicabilidad mediante un lenguaje preciso, y pretensión de objetividad. El autor se pregunta, si “esto” es lo que siempre se entendió por ciencia y responde que “obviamente no (...), puesto que cada época ha pensado la ciencia de una manera propia y particular, en relación con una forma –también propia y particular– de concebir la realidad y la racionalidad”. Habría también otro sentido más amplio que nos permitiría hablar, por ejemplo, de ciencia antigua o de ciencia medieval: “Vale decir, qué es ciencia es una pregunta cuya respuesta varía históricamente, porque la comunidad científica de cada época –de acuerdo con las prácticas sociales y con el modo como esa comunidad comprende la realidad– forja un sentido determinado de ciencia. (...) El paradigma científico moderno nació y creció a la sombra de la presunción de que sus verdades son universales y objetivas y, por tanto, transhistóricas, válidas para cualquier época...” Los desarrollos de la física cuántica, de la teoría de la relatividad y de la termodinámica, por ejemplo, “...al cuestionar el carácter irrefutable de la física newtoniana, pusieron en jaque tal presunción”. Como afirma N. Barbagelata (2007): “Dice la ciencia: ‘mi prometida nunca falta a la cita porque si falta no es mi prometida’, esto ilustra la pretensión de la ciencia: que lo real del que se ocupa asista siempre a la cita de lo simbólico”. Es obvio que no puede ser siempre así, lo simbólico cambia y hace diferencia, lo real también, el psicoanálisis “confronta lo simbólico con un real que no siempre acude a la cita”.

Los transexuales con su “pienso y lo hago” intentarían, aliados con la ciencia y la técnica, sortear esa imposibilidad. Porque nosotros creemos que el concepto de ciencia varía históricamente nos resulta razonable suponer que, en el mismo sentido, también cambian las costumbres, la subjetividad, los modos de organización social y familiar, etc.

Al respecto, Michel Tort (1994) dice: “Asistimos en Occidente a una considerable y extraña transformación de las identidades, referida tanto a las condiciones procreativas (anticoncepción generalizada, procreación artificial), formas de parentesco y filiación (evolución de los sistemas de atribución del apellido, parentescos adoptivos y artificiales) como la misma identidad sexual (transexualización médica)”. Y además se pregunta “¿Qué puede aportar el psicoanálisis a la comprensión del nuevo dispositivo que rige las identificaciones mediante un ordenamiento inédito de las funciones maternas y paternas?” Pero este autor va más allá, cuando plantea la cuestión inquietante de hasta qué punto los efectos de la práctica psicoanalítica tienen que ver con el surgimiento de estas nuevas transformaciones. Al respecto, dice: “... la cuestión del ‘punto de vista psicoanalítico’ no es sólo una cuestión de principios sino también una cuestión de hecho que hace a la existencia social y material de los psicoanalistas como practicantes en las sociedades occidentales. El psicoanálisis es también una operación particular reiterada en el campo social que contribuyó a constituir desde principios de siglo, y al que le aporta sus contradictorios avances teórico-prácticos y sus debates. Las cuestiones planteadas a los psicoanalistas, las preguntas que ellos mismos se formulan, son un retorno de los efectos de su práctica”.

“En todas partes las mismas preguntas”, sugiere Roudinesco (2007) “... y en todas partes las mismas respuestas que pretenden dar testimonio del nuevo malestar en la cultura. ¿Ha desaparecido el padre? Pero, ¿por qué no la madre? ¿No es la madre un padre y el padre una madre? ¿Por qué la juventud no piensa en nada? ¿Por qué los niños son insoportables? ¿La causa es Françoise Dolto, la televisión, la pornografía, los comics? ¿Y los *maitres à penser* dónde están? ¿Muertos? ¿En gestación? ¿Están hibernando? ¿Definitivamente en vías de extinción? (...) La sexualidad nunca ha sido tan libre. La ciencia nunca ha progresado tanto en la exploración del cuerpo y del cerebro. (...) La necesaria libertad de sí, conquistada con grandes luchas durante el siglo XX, parece haberse convertido en una exigencia de obligaciones puritanas. En cuanto al sufrimiento social,

es tanto más insoportable cuanto que parece estar en constante progresión, con trasfondo de desempleo de jóvenes y deslocalizaciones trágicas. (...) Liberado del yugo de la moral, el sexo ya no se vive como el correlato de un deseo sino como una prestación, una gimnasia, una higiene de los órganos que no puede conducir más que a un hastío mortífero. ¿Cómo gozar? ¿Cómo hacer gozar? ¿Cuál es el tamaño ideal de la vagina? ¿Cuál es la longitud correcta para un pene? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuántas parejas en una vida, en una semana, en un día, en un minuto?”

Eva Giberti (2008), pensando la cuestión de la identidad en los hijos adoptivos o en los nacidos por fertilización asistida, sostiene que: “fundan su identidad en el que fue deseo de engendramiento frustrado y posteriormente canjeado por prácticas jurídicas en la adopción o biomédicas (...) Surge la pregunta: ¿debo informarle acerca de su origen? (...) Las interrogaciones acerca de la identidad y subjetividad del niño cuentan con variantes semánticas en la adopción. ¿No dejará de quererme si sabe que no soy su madre? Si no advertimos la implicancia de esa duda, caeremos en un deslizamiento teórico porque a la resignificación del deseo maternante, mediante técnicas reproductivas, se integra la crítica, culpa o insatisfacción que conlleva haber incorporado a un tercero –médico– en el engendramiento”.

Por otra parte, y en relación a los matrimonios de homosexuales que expresan deseos de adoptar o concebir hijos, Hélène L’Heuillet (2008) afirma: “Porque los psicoanalistas no pueden sostener otro discurso en función de lo que escuchan en el diván, son a menudo convocados en el debate público a hacer valer una posición de hostilidad ante lo que la sociedad hoy sostiene como lo más progresista: el matrimonio homosexual y la adopción o la concepción de niños por parte de parejas homosexuales. (...) declarar legítima esta reivindicación es evitar el problema que plantea el punto de vista del psicoanálisis. No solamente el psicoanálisis debe permanecer libre de articular críticas sin situarse en el terreno de la legitimidad, sino que para el psicoanalista que recibe pacientes, ‘el-homosexual-que-quiere-tener-un-hijo’ no existe. Sólo existen sujetos divididos respecto de su demanda y en desconocimiento de su deseo, como todos los otros sujetos”.

Ante todo esto nos preguntamos: ¿debemos declarar efectivamente que estos pacientes no existen? Toda esta caracterización ¿admite un acercamiento sólo simbólico? ¿Realmente un homosexual o un

transexual no existen y podemos aproximarnos con un modelo unívoco e inalterable o existen y eso plantea alguna diferencia teórica? La técnica ha permitido la existencia real, y no simbólica, de personas que no son como han nacido o como están biológicamente determinadas. Que esas personas existen es indudable, por lo que entendemos que la pregunta debería ser ¿qué se hace con ello? “*La théorie, c’est bon, mais ça n’empêche pas d’exister*” (“La teoría es buena, pero eso no impide que las cosas sean como son”) (Freud, S.).

CONCLUSIONES

Con las reflexiones anteriores hemos querido poner de manifiesto algo que, a esta altura, para nosotros es obvio: el modo en que se entiende un material clínico depende, en buena medida, de la teoría y de la cosmovisión de quien lo hace. Pero, a la vez, esta cosmovisión está atravesada por el lugar y el tiempo de quien la posee o la padece. Tampoco ésta es una formulación novedosa pero creemos que, a veces, consideramos que algunos postulados psicoanalíticos (como el edípico) son de carácter universal. Si nos hemos detenido en ciertas revisiones o relativizaciones de las hipótesis teórico clínicas freudianas o clásicas del psicoanálisis no es siquiera porque coincidamos con ellas sino, sencillamente, para mostrar que en una época en que eclosionan las hipótesis feministas, ésta es la interpretación que se hace de Dora y que, en una época en que la etología emerge como ciencia y se hace fuerte, ésta es la interpretación que se hace de Juanito.

¿Las interpretaciones de Freud son expresión de los alcances y limitaciones de su tiempo? ¿Relativiza esto la universalidad de sus explicaciones acerca de la estructuración del psiquismo?

Creemos que no hay una razón que nos resulte epistemológicamente válida para sostener que la hipótesis edípica, la feminista o la etológica sean más o menos verdaderas la una que la otra.

Y eso sin entrar a considerar todo lo que ha sucedido desde los 70 hasta acá:

Viajes espaciales. Fertilizaciones asistidas. Intervenciones quirúrgicas que acuñaron la posibilidad de la transexualidad. Clonación. Drogas. Virtualidad (que pone entre paréntesis los parámetros fijos de tiempo, espacio y realidad). Creemos que mucho cambiarían las hipótesis psicoanalíticas (acerca de la pulsión de muerte, por ejem-

plo) si se miraran desde el punto de vista de los filósofos del existencialismo o del nihilismo o desde el de los poetas de la desesperación...

No nos cabe duda de que, desde cualquiera de estas cosmovisiones el acceso a la clínica es diferente. Creemos, desde siempre también, que es distinto hablarle a un aborigen africano, a un psicoanalizado de la ciudad de Buenos Aires de mediados del siglo XX o a una paciente de uno de los hospitales de la *banlieu* parisina en los que se asiste a gente de las colonias o ex colonias que han estado bajo la dominación francesa o, actualmente, también a refugiados o migrantes.

Lo que sí nos despierta dudas, y es lo que querríamos comenzar donde este trabajo termina, es qué es, entonces, el psicoanálisis; cuáles son sus invariantes. Y qué es lo que –a lo largo y a lo ancho del tiempo– podemos sostener como postulados teóricos universales de lo que llamamos psicoanálisis.

Nos interesa pensar esto desde un punto de vista transdisciplinario y con cierto rigor epistemológico. Creemos que no hay duda (por lo menos no para nosotros) de que el psicoanálisis no es uno sino muchos; lo que también creemos es que no es riguroso pensar que el psicoanálisis puede ser esto o aquello sin llevar hasta las últimas consecuencias el esto o el aquello y considerar si se trata de algo que excluiría uno de los polos, relativizaría a ambos o alcanzaría alguna otra instancia de armonización compleja de afirmaciones diversas. Creemos que muchas veces la teoría psicoanalítica suma hipótesis no siempre congruentes, que otras veces divide en primario y secundario para justificar una diferencia no agotada teóricamente; que, en ocasiones, considera que puede suceder esto pero también aquello. Se supone que el modelo de inconsciente que tenemos admite –entre otras cosas– la contradicción; creemos que la teoría psicoanalítica, que se ocupa entre otras cosas de las características del inconsciente, no puede albergar contradicción si pretende ser una teoría científica.

Freud considera que se accede al conocimiento de la diferencia de los sexos y, consecuentemente, a la amenaza de castración. Cuando Freud dice pene o castración ¿habla de un significante o de un significado? Cuando Lacan habla de castración o de falo, ¿se supone que se refiere a un significante? ¿Pene es igual a falo? ¿Castración es igual a castración? Creemos que no. ¿Y por qué se llaman igual o casi igual? Tan luego Lacan, que ha hecho del lenguaje o del significante (qué decir: monumento, puntal, columna vertebral) ¿puede usar las mismas palabras sin medir sus implicancias?

Si algo puede explicarse desde una hipótesis edípica y, al mismo tiempo, puede explicarse desde la teoría del apego y, al mismo tiempo, puede explicarse desde lo edípico como la negación de la muerte; hay algo que requiere, al menos, detenerse e interrogarse. O todo esto es posible y complementario (habría que ver cómo); o todo esto es contradictorio (y qué hacemos con ello); o algo de esto debe ser descartado. O hemos de preguntarnos otra vez cuáles son las invariantes y qué hace que el psicoanálisis lo sea.

Conectamos esto con nuestra convicción de que las divergencias en psicoanálisis son numerosas y diversas y que es un corpus teórico en permanente movimiento. Pensamos que esto honra al psicoanálisis y que es, en parte, responsable de su vitalidad. Pero, también, tal como hemos dicho, creemos que la coexistencia desordenada de estas divergencias supone contradicciones o incongruencias sobre las cuales no nos cabe duda de que deberíamos reflexionar. Quizás necesitemos excluir, cotejar, cuestionar o armonizar elementos que, en ocasiones, forman un abigarrado conjunto de opuestos que transitamos (lo queremos reiterar y enfatizar) como si el principio de no contradicción de nuestro modelo de inconsciente pudiera extenderse a nuestros razonamientos teóricos.

Queremos, por fin, resaltar (*the last but not the least*) que todo esto nos aboca a la tarea más compleja, que es: si todas éstas son las divergencias –y sobre esto no tenemos ninguna duda: son divergencias y fuertes– ¿cuáles son las convergencias? ¿Cuáles son las invariantes que hacen que el psicoanálisis lo sea y que, además, no sea ninguna otra cosa? Pero este sería otro trabajo, quizás el próximo.

BIBLIOGRAFIA

- APPIGNANESI, L. Y FORRESTER, J. (1994) *Las Mujeres de Freud*. Capítulo 5: "Dora, un fracaso Ejemplar". Editorial Planeta, Buenos Aires.
- BOWLBY, J. (1976) *La Separación Afectiva*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- BARBAGELATA, N. (2007) "El sujeto de la ciencia y el sujeto del psicoanálisis". Edición Interna de la Cátedra de Psicoanálisis III de la U. A. D. E. R. (Universidad de Entre Ríos).
- CHEMAMA, R. (Dirección) (1997) *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires, E. Amorrortu.

- DELEUZE, G. Y GUATTARI, F. (1985) *El anti-Edipo*. Barcelona, Editorial Paidós.
- DÍAZ, E. (1997) *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires. Editorial Biblos.
- DIO BLEICHMAR, E. (1985) *El feminismo espontáneo de la histeria*. Editorial Adotraf. S.A., Madrid.
- FREUD, S. (1893) Charcot. O. C., Tomo III, 1990, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- (1905) Fragmento de análisis de un caso de histeria. Tomo VII, 1990, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- (1909) Análisis de la fobia de un niño de cinco años (Hans). Tomo X, 1990, Buenos Aires, O. C., Amorrortu Editores.
- (1911) Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. Tomo XII, 1990, Buenos Aires, O. C., Amorrortu Editores.
- (1937) Análisis terminable e interminable. Tomo XXIII, 1990, Buenos Aires, O. C., Amorrortu Editores.
- GAY, P. (1996) *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. Editorial Paidós, Barcelona.
- GIBERTI, E. "Filiación: del ADN a la querencia". Marzo de 2008, Buenos Aires, *Imago Agenda*, N°117, Letra viva libros.
- LACAN, J. (1957) "Dora y la joven homosexual" *Seminario 4. La relación de objeto*, 1994, Editorial Paidós, Barcelona.
- (1956) "Conferencia: Freud en el siglo" *Seminario 3. Las Psicosis*, 1988, Editorial Paidós, Barcelona.
- (1976) *Las formaciones del inconsciente* "El deseo y su interpretación", Buenos Aires, Editorial Nueva Visión.
- L'HEUILLET, H. "La Ley simbólica". Marzo de 2008, Buenos Aires, *Imago Agenda*, N° 117, Letra viva libros.
- PARDO, R. H. "Verdad e historicidad. El conocimiento científico y sus fracturas". En E. Díaz (Editora), *La posciencia. El conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad*, 2000, Buenos Aires, Ed. Biblos.
- ROUDINESCO, E. (2007) *Filósofos en la tormenta*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- (2000) *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires. Editorial Paidós.
- ROUDINESCO, E. Y PLON, M. (1999) *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- STIMPSON, R. C. Prólogo al libro de Walkowitz, J. R. *La ciudad de las pasiones Terribles. Narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*. 2007, Editorial de la Universitat de València.
- TORT, M. *El deseo frío. Procreación artificial y crisis de las referencias simbólicas*. 1994, Buenos Aires, Nueva Visión.

C. SINAY, A. PEREZ COHEN

Cecilia Sinay

República de la India 2921, 5° "B"

C1425FCE, Capital Federal

Argentina

Alberto Pérez Cohen

La Pampa 2545, 5° "12"

C1428EAS Capital Federal

Argentina